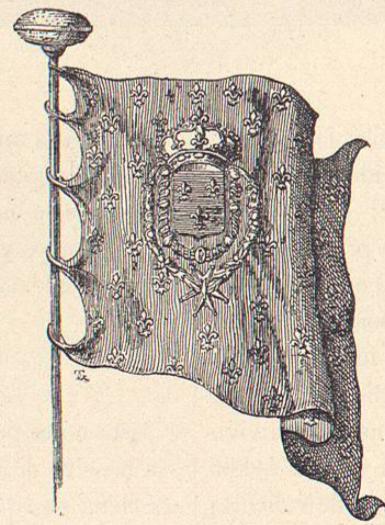
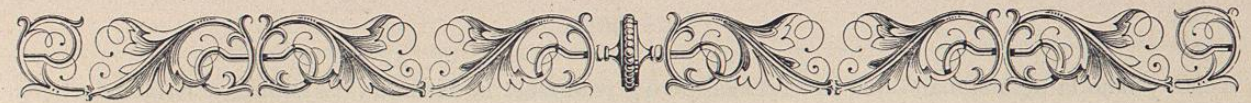


más difícil de fundar que el gobierno, se entiende, el gobierno estable; este consiste en el mando de algunos y en la obediencia de todos, cosa que es contraria á la naturaleza. Que un hombre que es á veces un débil anciano, desde su gabinete disponga de los bienes y de la vida de veinte ó treinta millones de hombres cuya mayor parte no le vieron jamás; que les mande entregar el décimo ó el quinto de sus rentas y que lo satisfagan; que les mande ir á matar ó á hacerse matar, y que vayan; que continúen así durante diez ó veinte años á través de todas las pruebas, derrotas, miserias, invasiones como los franceses bajo el reinado de Luís XIV, los ingleses en tiempo de Pitt y los prusianos en el de Federico II, sin sediciones ni disturbios interiores, es ciertamente una maravilla; y para que un pueblo continúe independiente, necesario es que esté pronto hacer eso mismo todos los días. Ni esta fidelidad, ni esta concordia son fruto del razonamiento, es este muy débil y sobrado vacilante para producir un efecto tan universal y enérgico. Entregado á sí mismo y reconducido súbitamente al estado natural, el tropel humano no sabe hacer más que agitarse, entrecrocarse hasta que al fin la fuerza bruta toma el mando como en los tiempos bárbaros, y entre la polvareda y los gritos surge un caudillo militar que generalmente lo es un carnicero. En materia de historia vale más continuar que recomenzar. Por esta razón, sobre todo, cuando la mayoría es inútil, es

útil que los jefes estén previamente designados por el hábito hereditario que de seguirles se tiene y por la educación especial que los ha preparado. En este caso, el público, para tenerlos, no tiene necesidad de buscarlos. Allí están, cada uno en su cantón, visibles, aceptados previamente; se les reconoce por su nombre, por su título, por su fortuna, por su género de vida, y la diferencia está dispuesta á favor de su autoridad. La mayor parte de las veces son merecedores de esta última; nacidos y educados para ejercerla, hallan en la tradición, en el ejemplo, en el orgullo de familia, vigorosa sangre que nutre su espíritu público, hay probabilidad de que comprendan los deberes que su categoría les impone. Tal es la renovación que el régimen feudal tolera. El antiguo jefe puede todavía autorizar su preeminencia por sus servicios y conservar la popularidad sin dejar de ser privilegiado. Capitán del distrito y gendarme permanente en otro tiempo, debe convertirse en propietario residente y bienhechor, promotor voluntario de toda empresa útil, tutor obligado de los pobres, administrador y juez gratuito del cantón, diputado sin tratamiento cerca del rey, esto es, protector y conductor como otras veces, en virtud de un nuevo patronato amoldado á las nuevas circunstancias. Magistrado en la localidad, representante en el centro; hé aquí sus dos funciones principales; y si miramos más allá de la Francia advertiremos que en efecto desempeña la una ó la otra, ó ambas á la vez.



Bandera roja de las galeras



## CAPITULO III

Servicios locales que deben prestar los privilegiados.—Ejemplos en Alemania é Inglaterra.—Los privilegiados no prestan en Francia sus servicios.—Señores residentes.—Restos del buen espíritu feudal.—No son duros para con sus enfiteutas, pero ya no tienen el gobierno local.—Su aislamiento.—Pequeñez ó medianía de su bienestar.—Sus gastos.—No están en situación de condonar los censos.—Sentimientos de los labriegos para con ellos.—Señores no residentes.—Enormidad de su fortuna y de sus derechos.—Teniendo mayores ventajas, deben prestar mayores servicios.—Causas de su ausencia.—Efecto de su alejamiento.—Apatía en las provincias.—Estado de sus tierras.—No hacen limosnas.—Miseria de sus enfiteutas.—Exacciones de sus arrendadores.—Exigencias de sus deudas.—Estado de su derecho.—Efectos de sus derechos de caza.

### I

**E**N primer lugar, consideremos el gobierno local. A las puertas de Francia existen comarcas en que la sujeción feudal más pesada que en ella, parece, no obstante, más ligera, porque en el otro platillo de la balanza, los beneficios compensan las cargas. En Munster en 1809, Beugnot encuentra un obispo soberano, una ciudad de conventos y grandes castillos señoriales, algunos mercaderes para los objetos indispensables, poca burguesía, y al rededor, á todos los labradores, colonos ó siervos. El señor percibe una parte de todos sus productos, comestibles ó ganados, y á su muerte, una parte de su herencia; si se marchan, sus bienes recaen en él. Sus criados son castigados como moujiks, y, en cada cuadra hay un potro con este fin, «sin perjuicio de penas más grandes,» probablemente el apaleamiento y lo demás. Pero como puede verse en las *Memoires* de Beugnot, tomo I página 292 y en el «*Ancien regime et la revolution*,» de Tocqueville, páginas 34 y 60, nunca se le ha ocurrido al condenado la idea de apelar ni reclamar. Porque si el señor les castiga como padre de familia, también les protege; «como un padre de familia les socorre cuando hay una desgracia que

reparar, les cuida en sus enfermedades,» les da un asilo en su vejez, protege á sus viudas y se alegra cuando tienen muchos hijos; él está en comunidad de simpatías con ellos, y estos no son ni miserables ni inquietos, porque saben que en todas sus extremas ó imprevistas necesidades, tendrán en él un refugio. En los Estados prusianos y según el código del gran Federico, una servidumbre todavía más dura, está compensada por iguales obligaciones. Sin permiso del señor, los labradores no pueden vender ni hipotecar sus campos ni cultivarlos de otra manera, ni cambiar de oficio, ni casarse. Si se ausentan del señorío, se les puede perseguir en todas partes y volverlos á él por la fuerza. Tiene el señor un derecho de vigilancia sobre su vida privada, y les castiga si son perezosos ó borrachos. Cuando adolescentes son durante muchos años, domésticos en su morada; cuando labradores, le deben un número de jornales que es de tres por semana en ciertas comarcas. Pero por costumbre y por ley debe á su vez el señor «velar para que reciban educación, socorrerles en la indigencia y procurarles en cuanto sea posible, los medios de vivir.» Tiene, pues, las cargas del gobierno de que tiene también el pro-

vecho, y bajo la pesada mano que les encorva, pero que les sostiene, no se les ve rebelarse. En Inglaterra, la alta clase logra el mismo resultado por otro camino. También allí, paga todavía la tierra el diezmo eclesiástico, la décima estricta y mucho más que en Francia, pues según Arturo Young en sus *Voyages en France*, tomo II, pág. 456, esta décima es en Francia entre una onceava y una treinta y doceava parte. «Pero no se conocen en ella las enormidades cometidas en Inglaterra, en donde se cobra

realmente la décima.» El squiré, el nobleman tiene una porción de tierra todavía mayor que la de su colega en el reino francés, y de hecho ejerce en su cantón una autoridad más grande, pero sus enfiteutas inquilinos y arrendatarios, no son ya siervos ni aún vasallos suyos; son libres. Si gobierna, es con su influencia y no con su mando. Propietario y patrón se es con él deferente; lord-lugarteniente, oficial del ejército, administrador ó *justicia*, es visiblemente útil. Sobre todo padres é hijos residen en la tierra, son del



EL MARQUÉS DE ARGENSON

cantón, están en comunicación incesante y hereditaria con el vecindario por medio de sus negocios y placeres, de la caza y el despacho de los pobres, de los arrendatarios que admite en su mesa, y de los vecinos que encuentra en el comité ó en los *vestry*. Hé ahí como se sostienen las antiguas jerarquías; necesitan y basta que cambien por un cuadro civil, su cuadro militar, y hallen colocación moderna para el jefe feudal.

## II

Al remontarnos algo más en nuestra historia, encontramos aquí y allá nobles parecidos, como lo atestiguan Saint-Simon en sus *Memoires*, Lunas de Montigny en sus *Memoires de Mirabeau*, el mariscal Marmont, Chateaubriand y de Montlosier en las suyas, y otros muchos. De esta clase era el duque de Saint-Simon, padre del escritor verdadero sobe-

rano en su gobierno de Blaye, respetado del mismo rey. Así fué también el abuelo de Mirabeau en su castillo de este nombre en Provenza, el más absoluto, el más altivo, el más intratable de los hombres, «exigiendo que los oficiales que él presenta para su regimiento, sean aceptados por el rey y los ministros,» sin que sufra á los inspectores sino por mera fórmula, pero heroico, generoso, lleno de abnegación, distribuyendo la pensión que se le ofrece, entre seis capitanes heridos bajo sus órdenes, abogando por los pobres litigantes de la montaña, echando de sus tierras á los procuradores ambulantes que van á enredarlos, «protector natural de los hombres» hasta contra los ministros y contra el rey. Habiendo los encargados de la vigilancia del tabaco, hecho en cierta ocasión un registro en su curato, persiguióles á caballo tan rudamente que á penas se pudieron salvarse vadeando el Durance; «escribió pidiendo la separación de todos los jefes, y asegurando que de

no hacerse así, todos los empleados del subsidio irían á parar al Ródano ó al mar; algunos fueron destituidos y el director del *tripot*, fué personalmente á darle satisfacción.» Viendo su cantón estéril y perezosos á sus colonos, los regimenta á todos, hombres, mujeres y niños, y en medio del tiempo más inclemente, puesto él á su cabeza, con sus veintisiete heridas y el cuello sostenido merced á una pieza de plata, les obliga á trabajar, pagándoles, con el desmonte de las tierras que luégo les da en arriendo

por cien años, y con el cierre por un muro de cerca, y con la plantación de olivos, de toda una montaña de rocas. «Ninguno hubiera podido dispensarse, bajo pretexto alguno, de trabajar á menos de estar enfermo y en tal caso, debidamente socorrido, ó á menos de hallarse trabajando en su propia hacienda, cosa sobre la cual mi padre no se dejaba engañar, ni nadie hubiera osado intentarlo.» Esas son las últimas ramas del viejo tronco; nudosas, salvajes, pero capaces de dar amparo. Todavía se hallarían algunos



CARDENAL FLEURY

en los cantones atrasados, tales como los de Bretaña y Auvernia, que son verdaderos comandantes de distrito, y tengo la seguridad de que á ser necesario, los labriegos les seguirán tanto por respeto como por temor. El vigor del cuerpo y del corazón, da el ascendiente que el justifica, y el exceso de vida que empieza con violencias acaba con beneficios. Aunque menos independiente y menos áspero, el gobierno paternal subsiste en otras partes, sino en la ley, en la costumbre al menos. En Bretaña cerca de Tréguier y de Lannión, dice el baile de Mirabeau en una carta de 1760 publicada por M. de Lomenie en el *Correspondant*, tomo 49, p. 132, «todo el estado mayor de guarda-costas, se compone de gente de calidad, cuya antigüedad se remonta á mil años. No he visto uno siquiera que se enfadara contra un soldado lurdo, y al propio tiempo he visto que estos por su parte les guardan un respeto filial... Este es un paraíso terrestre por sus costumbres, su simpli-

dad y su verdadera grandeza patriarcal: aldeanos cuya actitud ante sus señores es la de un hijo ante su padre, señores que no hablan á sus aldeanos, su lenguaje rústico y rudo, sino con un aire bondadoso y risueño; se observa un mútuo amor entre señores y servidores.» Mas al Sud, en el Bocage, país enteramente agrícola en que no hay caminos, en el que los señores viajan á caballo, ó en carretas tiradas por bueyes, en que los señores, no tienen arrendatarios, sino veinticinco ó treinta pequeños colonos ó parceros, la primacia de los grandes no molesta á los pequeños. Se vive con unión, como que desde que se nace hasta que se muere, se vive unido familiarmente, con los mismos intereses, las mismas ocupaciones y los mismos placeres: tal sucede con los soldados y oficiales en campaña, bajo la tienda, subordinados aunque compañeros, sin que la familiaridad impida el respeto. «El señor les visita con frecuencia en sus granjas, dice Mme. de Larochejaquelin, habla con

ellos de sus negocios y del cuidado de sus ganados, toma parte en los accidentes y desdichas que también le perjudican, asiste á las bodas de sus hijos y bebe con los convidados. Se baila el domingo en el patio de la casa señorial, y las señoras toman parte en la danza.» Cuando el señor va á la caza del lobo ó del jabalí, el cura lo anuncia en su sermón; los aldeanos con su fusil van gozosos á saludar al señor que les señala su puesto, y observan estrictamente la consigna que les da; ahí tenemos soldados y capitán ya preparados; un poco más tarde y por idea espontánea, eligen al señor para comandante de la guardia nacional, para alcalde de la municipalidad ó para jefe de la insurrección, y en 1792, los tiradores de la parroquia marcharan á sus órdenes contra los azules como ahora contra el lobo. Tales son los postreros restos del buen espíritu feudal, semejantes á las crestas de un continente sumergido. Antes de Luis XIV, el espectáculo era igual en toda Francia. «La nobleza rural de otro tiempo, dice Mirabeau, en su *Traite de la population*, bebía mucho, dormía en viejas poltronas ó malas camas, montaba á caballo, iba de caza muy de madrugada, se reunía por San Huberto, y no se separaba hasta después de la octava de San Martín. Esta nobleza llevaba una vida alegre y dura voluntariamente, costaba poco al Estado, y le producía más por su estancia y sus basuras de lo que hoy le valemos nosotros, con nuestro gusto, nuestras investigaciones, nuestras indigestiones y nuestros sudores... Sábese hasta dónde llegaba el hábito, y por decirlo así, la manía de los presentes continuos que los habitantes hacían á sus señores. En mi tiempo he visto cesar en todas partes esta costumbre, y con razón... Los señores ya no les sirven de nada, natural es que sean olvidados así como ellos olvidan... No conociendo ya nadie al señor en sus tierras, todo el mundo le saquea, y hacen bien.» Por todas partes, excepción hecha de las comarcas apartadas, la afección y la unión de las dos clases ha desaparecido, el pastor se separó del rebaño, y los curas del pueblo acabaron por ser considerados como sus parásitos.

Sigámosle á la provincia. En ésta no se ve más que á la nobleza inferior y una parte de la mediana; el resto, como lo prueban los registros de la capitación que se pagaba en el domicilio real y efectivo, está en París. Igual división se observa en la iglesia; los abades comendadores, obispos y arzobispos residen poco en la provincia, los grandes vicarios y canónigos están en las grandes ciudades; en la campiña no hay más que los priores y los curas; por regla general, todo el Estado mayor eclesiástico ó

laico se halla ausente, los residentes los constituyen las jerarquías secundarias ó inferiores. ¿Cómo viven ellas con el aldeano? Una cosa hay cierta, y es la de que, por regla general, no son duras ni siquiera indiferentes para con él. Aunque separados por el rango, no lo están por la distancia; además de que, la necesidad por sí sola, es ya un lazo entre los hombres. He leído mucho y nunca he hallado en ellos á los tiranos rurales que pintan los declamadores de la revolución; aunque altaneros con los burgueses, son generalmente buenos para el villano. «Recórranse las provincias,—dice un abogado contemporáneo,—las tierras habitadas por sus señores, y entre ciento, se hallarán tal vez uno ó dos que tiranicen á sus vasallos, los demás comparten pacientemente con ellos su miseria... Ellos atienden á los deudores, les dan plazos y facilidades para el pago, templan y dulcifican las persecuciones harto rigurosas á veces de los arrendatarios, administradores y procuradores» (1). Una inglesa que les vió en Provenza al terminar la revolución dice, «que detestados en Aix, eran muy apreciados en sus tierras. Mientras que frente á los principales burgueses pasan con la cabeza erguida y con aire desdeñoso, saludan á los aldeanos con una cortesía y afabilidad extraordinarias.» Uno de ellos reparte entre las mujeres, los niños y los ancianos de su dominio, lana y cáñamo para hilar durante la mala estación, y al fin del año da un premio de cien libras por las dos piezas de tela mejores. En muchos casos los aldeanos compradores restituyéronles voluntariamente sus tierras al precio de compra. Al rededor de París, cerca de Romainville, después de la horrible tormenta de 1788, se prodigan las limosnas; «un hombre muy rico distribuye prontamente por su cuenta cuarenta mil francos entre los desgraciados que le rodean;» durante el invierno, en Alsacia, en París, todos dan; «ante la casa de cada familia arde una vasta hoguera, en la que noche y día van á calentarse los pobres.» En materia de caridad, los monjes que residen en provincia y son testigos de la miseria pública, permanecen fieles al espíritu de su institución. Al nacimiento del Delfín, los agustinos del Monmorillon, en el Poitou, pagaron de su peculio la contribución y los jornales de diez y nueve familias pobres. En Provenza, durante el año 1781, los domi-

(1) Ana Plumpre, *A narrative of three years' residence in France from 1802 to 1805*. II, 357.—Baronesa de Oberkirk, *Memoires* II, 389.—*De l'état religieux* por los abades de Bonnefoi y Bernard, 1784, pág. 295.—Mme. Vigée-Lebrun, *Souvenirs*, página 171.

nicos de Saint-Maximin, mantuvieron un distrito en el cual un huracán había destruido viñas y olivares. «Los cartujos de París dan á los pobres 1.800 libras de pan por semana. Durante el invierno de 1784, se aumentan las limosnas en todas las casas religiosas; sus arrendadores distribuyen auxilios á los habitantes pobres del campo, y para subvenir á estas necesidades extraordinarias, muchas comunidades aumentan el rigor de sus ayunos.» Cuando al fin de 1789 se trató de suprimirlas, encuentro que un gran número de reclamaciones hechas en su favor fueron escritas por magistrados, municipales notables y una multitud de habitantes, artesanos ó labriegos, y estas columnas de rústicas firmas son verdaderamente elocuentes. Según los *Archivos nacionales*, D, XIX, carpetas 14, 15 y 25, setecientas familias de Cateau-Cambrésis dirigen una instancia para conservar «abades y religiosos de la abadía de Saint-André, sus padres comunes y bienhechores que les mantuvieron cuando la granizada.» Los habitantes de Saint-Sarcin en los Pirineos, «describen con lágrimas de dolor su consternación á la idea de que va á suprimirse su abadía de benedictinos, única institución de caridad en este pobre país. En Sierk, cerca de Thionville, «la Cartuja,—dicen los notables,—es para nosotros y bajo todos aspectos el arca del Señor; ella es el principal recurso de más de 1.200 á 1.500 personas que á ella acuden todos los días de la semana. Este año distribuyeron entre ellas los monjes su propia provisión de grano á 16 libras más baratas del precio corriente.» Los canónigos regulares de Domiévre en Lorena, sostienen dos veces por semana á sesenta pobres; es menester conservarlos,—dice la súplica,—«por piedad y compasión al pobre pueblo cuya miseria está por encima de lo concebible; donde no existen conventos regulares y canónigos que de ellos dependan, los pobres claman miseria» (1). En Moutiers Saint-Jean, cerca de Semur en Borgoña, los benedictinos de Saint-Maur, dan de que vivir á toda la aldea, y la mantuvieron este año durante la carestía. Cerca de Morley en Barrois, la abadía de Auvey, orden del Circe «ha sido siempre para todos los caseríos vecinos una oficina de caridad.» En Airvault, en el Poi-

(1) *Archivos nacionales*, D, XIX, carpeta 11. Interesante carta de José de Saintignon, abad de Domiévre, general de los canónigos regulares de Saint-Sauveur y residente. Tiene 23.000 libras de renta, de las cuales 6.066 lo son por pensión dada por el gobierno en recompensa de sus servicios. No siendo sus gastos personales sino de 5.000 libras «se ha hallado en situación de repartir entre los pobres y obreros, en el espacio de once años, más de 250.000 libras.

tu, los oficiales municipales, el coronel de la guardia nacional, muchos «aldeanos y habitantes,» piden la conservación de los canónigos regulares de San Augustin. «Su existencia,—dice la petición,—es absolutamente esencial, tanto para nuestra villa como para la campiña, su supresión sería una pérdida irreparable para nosotros.» La municipalidad y el consejo permanente de Soissons escriben que la casa de Saint-Jean les Vignes «ha reclamado siempre con empeño su parte en las cargas públicas. Ella es la que en las calamidades recoge á los vecinos que carecen de albergue y los mantiene. Ella es la que ha llenado por sí sola la carga de la asamblea de la bailía, cuando la elección de los diputados en la Asamblea nacional. Ella es la que actualmente aloja una compañía del regimiento de Armagnac. Ella es la que se encuentra siempre allí donde hay algún sacrificio que hacer.» En multitud de sitios se declara que los religiosos son «los padres de los pobres.» En la diócesis de Auxerre, durante el verano de 1789, los bernardinos de Rigny, «despojáronse en favor de los habitantes de las aldeas vecinas, de cuanto poseían; pan, grano, dinero y otros recursos; todo se prodigó á mil doscientos menesterosos que durante más de seis semanas no dejaron de acudir á su puerta todos los días. Empréstitos, anticipos de sus arrendatarios, crédito con los proveedores de la casa, todo concurrió á facilitarles los medios de aliviar al pueblo.» Omíto otros muchos rasgos igualmente elocuentes; se ve que los señores eclesiásticos ó laicos no son meros egoístas cuando son residentes. El hombre compadece los males de que es testigo, es necesaria la ausencia para embotar la viveza de la impresión; el corazón los siente cuando el ojo los ve. Por otra parte, la familiaridad engendra la simpatía; pocas veces se puede permanecer frío ante la angustia de un pobre hombre al que durante veinte años se saluda con los buenos días al pasar, de quien se conoce la vida que no es para la imaginación una unidad abstracta, una cifra estadística, sino un alma apenada y un cuerpo que sufre. Tanto más, cuanto desde los escritos de Rousseau y de los economistas, una aura de humanidad cada día más fuerte, penetrante y universal, vino á enternecer los corazones. Desde entonces se piensa en los pobres y ello se tiene á honor. Basta leer las actas de los Estados generales (1) para ver que desde

(1) Sobre la conducta y sentimientos de los señores eclesiásticos y laicos, Leonce de Lavergne, *les Assemblées provinciales*, I, volumen. Legrand l'Intendance du Hainaut I volumen. Hippéau le Gouvernement de Normandie, IX volumen.